

ct

Sarah y Nora toman el té de las cinco

de
Juan Luis Mira

(fragmento)

París, 1897.

Eleonora Duse, Nora, elegantemente vestida, acaba de llegar al estrambótico dormitorio de Sara Bernhardt.. Espera. Junto a la cama hay un ataúd abierto. Se para en seco, luego camina hacia él. Cuando está a punto de llegar, irrumpe desde su interior, como un espectro envuelto en un distinguido traje de seda blanco, el torso de Sarah Bernhardt, quien se coloca durante unos segundos los quevedos que lleva colgando del cuello. Hay un largo silencio. Duelo de miradas. Después, nada.

SARAH

(Desde el ataúd, se levanta y va hacia una mesa.) Buenas tardes, querida... ¿tomarás té?

NORA

(Siempre con un ligero acento italiano.) Con una rodajita de limón, por favor. *(SARAH le vuelve a observar durante unos segundos más, después deja caer los quevedos y llama con una campanilla que había en el interior del féretro. Se sientan.)*

SARAH

¿Dispuesta a todo?

NORA

A todo no. Sólo a lo que sea necesario para convencerle.

SARAH

Para convencerme tendrás que empezar por hablarme de tú. Cara a cara. Eso ponía en tu carta. ¿O es que pretendes ganarme haciéndome más vieja todavía?

NORA

En absoluto. De acuerdo: de tú a tú.

SARAH

¿Sabes, querida? Desde cerca eres más...

NORA

Cosa?

SARAH

Más... cómo diría... más italiana. Y más fea también. ¿Y yo, mi niña, cómo soy yo de cerca?

NORA

No sé. Yo diría que más... no sé... más más.

SARAH

No hace falta que me lo digas. Lo mejor que tiene el teatro es que mantenemos el tipo a distancia,

¿no te parece? (*Mirando el ataúd*). La de locuras que he hecho ahí dentro. No he encontrado nada más excitante y confortable en mi vida. Sobre todo a la hora de la siesta. Siesta, qué palabra más relajante. Pienso en ella y me quedo frita. Es española. Creo que es lo único bueno que han inventado en ese país. ¿Te gusta España?

NORA

La conozco poco.

SARAH

Tampoco te pierdes nada, créeme. Podía ser una gran nación pero tiene un problema: está lleno de españoles, cada cual de su padre y de su madre. Eso sí, algunos son buenos amantes, aunque tampoco te vayas a creer todo lo que dicen por ahí... (*Pausa. No le quita la vista de encima. Nora mantiene el tipo.*) Me pareció oír que ibas a llevar tu Casa de muñecas a Madrid.

NORA

La prohibieron.

SARAH

Ya. Mucho cura. Como en Italia.

NORA

Sí. Pero en mi país no he tenido problemas para representarla.

SARAH

Porque estás en casa, querida, y no se atreven contigo. Los curas son curas en todas partes y esa obra, como el buen teatro, es un peligro: hace pensar. La Revolución aquí colocó todo en su sitio. Hasta que en tu país y en el de los vecinos no haya una revolución como Dios manda, las sotanas siempre os tocarán las narices. (*Algo que ha recordado le ha hecho gracia.*) ¿Conoces el cuento del pedo de Lucifer, querida?

NORA

Che cosa?

SARAH

Un fraile llega al infierno y no ve a ningún cura en él. Entonces se pone muy contento porque deduce que, aunque haya gente –como nosotras– que piense lo contrario, los curas merecen la gloria y por eso no hay ningún compañero allí. Pero antes de despedirse de Lucifer y ponerse rumbo al cielo éste le pregunta: eh, tú, ¿adónde te crees que vas? Al cielo, le responde el fraile, con los míos. Un momento, dice el diablo mientras aparta un poco su enorme rabo –el de atrás– que le llegaba hasta el suelo. Entonces toma aire el diablo y se tira un pedo de esos que hace temblar hasta las paredes del infierno. Prrrrrr... (*imita el sonido de la trompeta*.) ¿Y sabes lo que pasó? Pues te lo voy a decir: en aquel pedo trompetero... prrrr... viajaban millones de curas diminutos, como un chorro de abejitas con sotana que así como salían de aquel agujero, prrrrr..., volvían a entrar... prrrr. ¡Es que no me fio de vosotros!, le dijo al fraile, y prefiero llevaros a todos juntos en el único lugar del que nunca podréis escapar: ¡mi culo!, ¡ahí donde vuestros aburridos sermones se pierden en el eco celestial! ¡Adentro! Y el fraile se tapó las narices y no tuvo más remedio que hacerse un hueco

entre los suyos en dirección al ojete de Satán. *(Sonríe. NORA le devuelve la sonrisa.)* Me gusta tu vestido.

NORA

Gracias. Lo estreno hoy.

SARAH

Se te nota. Así que te has puesto tus mejores galas sólo para nuestra cita...

NORA

Y las más incómodas. Será porque esto es algo más que una cita.

SARAH

Y que lo digas, mucho más. Espera, cariño, mira... *(Deja de maquillarse, se levanta y suelta un par de botones de la espalda, quita una "ballena" del cuello, desahoga presiones.)* ¿Mejor?

NORA

Prego.

SARAH

Desde los quince voy embutida en corsés. Soy una especialista en desahogos –femeninos y masculinos-. Aunque para los masculinos utilizo otra técnica. *(Sonríe pícaramente.)*

NORA

Yo siempre he preferido la comodidad.

SARAH

¿Y te resulta cómoda esa palidez en la cara? *(Termina de retocar su maquillaje.)* He visto cadáveres con mejor color, querida. Un poquito de esto en tu mejilla te resucitaría.

NORA

Nunca me he maquillado ni lo haré. Es mi forma de entender la escena y la vida. Sin trampas.

SARAH

Yo no puedo ir por la calle sin mi pintura bien puesta. Y menos en el escenario. Precisamente por lo mismo que tú: me gusta enseñar sin trampas a mis personajes, no a mí. El maquillaje me ayuda a llegar hasta ellos.

NORA

Entonces ¿por qué te maquillas también fuera del teatro?

SARAH

Porque fuera también soy todo un personaje, querida.

NORA

Yo soy mis personajes. Los llevo dentro.

SARAH

Creo que estamos hablando de lo mismo.

NORA

No.

SARAH

Maquillarse es todo un arte.

NORA

No para mí.

SARAH

No maquillarse también puede ser un arte.

Ya está. ¿Qué te parece? *(Por el maquillaje.)*

NORA

Pareces otra. *(Con cierta ambigüedad no exenta de ironía.)*

SARAH

Es más divertido que ser siempre la misma.

Entonces te encantará, como a mí, ir desnuda.

NORA

No tengo un cuerpo bonito.

SARAH

Ya lo veo, pero eso qué tiene que ver. ¿Has posado alguna vez de modelo?

NORA

Sí. Y no me gusta.

SARAH

El vestido se inventó como una mentira irremediable. ¿Te aburro? ¿Hablo demasiado rápido?

NORA

No. Y no.

SARAH

¿Sabes lo que creo?: que el hombre y la mujer se empezaron a tapar sus partes en invierno porque hacía frío. Luego llegó el verano y el calor, y cuando iban a volver a quedarse en cueros, ya ves tú, les dio de golpe un ataque de pudor y prefirieron continuar tapados, aunque se asasen de calor. Acababan de inventar sin darse cuenta la hipocresía social. Y también sin querer, por la noche, al acostarse, descubrieron otra cosa: la seducción, mi palabra favorita. Al fin y al cabo, qué te voy a contar: el teatro es sólo eso: seducción.

NORA
Seducción.

SARAH
¿Y la vida?

NORA
¿Qué?

SARAH
¿Es algo más que el arte de seducir?

NORA
Yo creo que mucho más.

SARAH
Te equivocas, mi niña. Es sólo eso. O seduces o te seducen. O mueves los hilos o eres una marioneta. Y bien que lo sabes tú, aunque vayas por la vida poniendo cara de no haber roto un plato, mi dulce zorrita...

(Ríe. NORA sonríe con ella. Como si ninguna de las dos quisiera entrar en el tema que, realmente, les interesa. Vuelve a tocar la campanilla.)

NORA
El té. Ya se me había olvidado.

SARAH
¿Quién te hizo pasar hasta aquí?

NORA
Tu mayordomo, supongo...

SARAH
¿Era guapo?

NORA
No me fijé.

SARAH
Mientes con mucha clase. *(NORA sonríe.)*
(Grita mientras vuelve a hacer sonar la campanilla.) ¡Armaaaaaand!
La madre que... Por cierto, y hablando de madres: mi madre era una puta... *(Le entrega un pequeño retrato..)*

NORA
(Mira el retrato.) Santa Madonna, è bellissima! ¿Una puta?

SARAH

Una puta, judía y muy distinguida, pero muy puta.

NORA

Una puta *molto bella*.

SARAH

(Mira el retrato de su madre y lo vuelve a dejar sobre el aparador.) Un oficio tan respetable como el de abogado, qué digo, mucho más. Pero las cosas hay que llamarlas por su nombre. Los nombres no matan, en todo caso narcotizan. Qué frase, a veces es que hasta me asombran a mí. Sólo le daban ataques de sinceridad cuando venía a verme al teatro, en mis comienzos en la Comédie: *(La imita.)* “ya te decía yo que esto no es lo tuyo, Sarita... vaya forma de hacer el ridículo”. Gracias a sus amantes y a sus influencias pude hacer carrera, carrera de actriz, ya me entiendes. Muchas horas de cama le costó a mi madre mi entrada en el conservatorio. Lo tenía todo, la pobre, era muy guapa, tocaba el piano y, al parecer, una virtuosa en la cama, y no precisamente por rezar el rosario. Lo que nunca supo es que, sin querer, fue ella la que me dio las primeras clases de interpretación. Habrás visto que hablo mucho.

NORA

Más que una napolitana.

SARAH

Sólo cuando estoy a gusto. Puedo pasarme sin abrir la boca una semana.

NORA

Parece imposible.

SARAH

Si un día llegamos a conocernos lo comprobarás.

NORA

No creo que llegue ese día.

SARAH

Yo tampoco. *(Pausa.)* Y me gusta preguntar más que un periodista. ¿Y tu madre, Nora, a qué se dedicaba?

NORA

La mía mamma era actriz.

SARAH

Como la mía.

NORA

¿También era actriz?

SARAH

Creo que no me has entendido. Todas las putas, bambina, son actrices. Las mejores actrices del mundo. Te lo digo yo, que soy actriz, como tú. Trabajan por la noche, sueñan con largas temporadas en cartel y las buenas pagas, y temen como nadie al fantasma de la vejez y el desempleo... pero, además, por si no lo sabes...

NORA

Cosa?

SARAH

Una de las diferencias entre tú y yo, de lo mucho que separa a Sarah Bernhard y Eleonora Duse, es que yo, antes de ser actriz – o al mismo tiempo, no lo sé- fui también un poco... puta, bueno, bastante.

¿Y tú, mi pequeña Nora, has sido puta alguna vez?

SARAH

Solo cuando me subo a un escenario. *(Sonríen las dos. Oscuro.)*